

2. COMUNICACIONES

LA LITURGIA, EPIFANÍA DEL PADRE Y DEL ESPÍRITU

FÉLIX AROCENA

Lo singular, lo puramente específico de los cristianos es, sin lugar a dudas, la Trinidad. Se ha dicho repetidas veces que un cristiano se distingue de otro hombre porque confiesa el Misterio trinitario. Es lo propio suyo. De Cristo, nuestro Señor, se ha escrito que pasó por esta tierra *nomen Trinitatis publicando*, es decir, anunciando entre nosotros este Misterio singular. El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que ya «la primera “profesión de fe” se hace (...) según su referencia a las tres personas de la Santísima Trinidad»¹. El Símbolo de la fe, el *Credo*, «primero habla de la primera Persona divina y de la obra admirable de la Creación; a continuación, de la segunda Persona divina y del Misterio de la Redención de los hombres; finalmente, de la tercera Persona divina, fuente y principio de nuestra Santificación»². Al obispo de Lyon San Ireneo († c.202) le gustaba decir que éstos eran «los tres capítulos de nuestro sello bautismal»³.

Esto explica por qué, en la teología católica, el Misterio de la Santísima Trinidad tiene un alto poder configurante. Me refiero a que todo se refiere al tronco y el tronco es, cabalmente, ese Misterio al que, de una manera u otra, las realidades de la fe aparecen siempre anudadas. Sí; en la teología no hay piezas sueltas, tratados sueltos, libros sueltos, conocimientos aislados. Lo explica Santo Tomás de Aquino († 1274) en las primerísimas páginas de la *Summa Theologica*, cuando se pregunta y resuelve si la ciencia teológica es una⁴. Todo es un entramado unitario, átomo. En la economía salvífica hay, sin duda, un *nexus mysteriorum*, cuya captación es signo de madurez en la *sapientia fidei*. Esta realidad no podía dejar de repercutir en la liturgia; de ahí que en esta meditación teológica pretenda esbozar algunos de los nexos eminentes que se dan en-

1. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 189.

2. *Catechismus Romanus*, 1, 1, 3.

3. SAN IRENEO, *Demonstratio apostolica*, 100.

4. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, I, q. 1, a. 3.

tre el Memorial de la Pascua del Señor y ese *totum* fontal y final que es el Misterio trinitario.

Abramos el libro del Génesis por el capítulo 18. Esa página nos sitúa en un lugar y un tiempo muy apartados del nuestro. Estamos en la ciudad de Ur, en Caldea, junto al río Éufrates. Dios había prometido a Abraham que sería padre de una gran nación de la que nacería el Salvador de los hombres. Al cabo del tiempo, Yahwé le anuncia el nacimiento de un hijo. Veamos la escena. Son las primeras horas de la tarde. Hace bochorno y Abraham está sentado a la sombra de unos árboles, junto a su tienda. De pronto, por el sendero, se aproximan tres hombres. Abraham se acerca a ellos y les acoge, diciendo: «No paséis de largo; venid conmigo. Os traeré agua para lavar vuestros pies y, mientras, descansaréis a la sombra del árbol y saciaréis vuestra hambre con mi comida. Después podréis continuar vuestro viaje». Ellos aceptan agradecidos. Esta escena viene reflejada en el «icono de Rublev». Se trata de un célebre icono ruso, llamado, a causa de su belleza y profundidad teológica, «el icono de los iconos». El pintor, inspirándose en este episodio de los tres peregrinos⁵ y en la respectiva exégesis oriental, ha representado a la Trinidad en forma de tres figuras angélicas muy jóvenes, estilizadas y ligeras. En medio de su profunda quietud, las figuras parecen engendrar un movimiento circular, como un anillo, mientras, con el gesto de referirse entre sí, expresan la unidad total que les liga mutuamente. Cada uno se sumerge en la mirada del otro y se compenetra con él. Las tres figuras están situadas en torno a una mesa, sobre la cual se halla una copa en cuyo interior se aprecia la figura de un cordero. Es una idea teológica muy esclarecedora: la Trinidad se reúne en torno a la Eucaristía y rodea a la Eucaristía. Veamos qué hay detrás.

EL PAN DEL PADRE

«Mi Padre os da el verdadero pan del Cielo»⁶. La Eucaristía es un don del Padre, que, en cierto modo, prolonga el don de la Encarnación. Así lo vio, hace ya 16 siglos, un obispo Santo de la ciudad de Poitiers, en las Galias: «Estamos en Cristo por su nacimiento corporal y Cristo, a su vez, está en nosotros por el misterio de la Eucaristía»⁷.

5. Gen 18, 1-5.

6. Io 6, 32.

7. SAN HILARIO, 8, 13-16; PL 10, 246-249. La misma idea en el Magisterio posterior: LEÓN XIII, *Mira caritatis* (ASS, 1902, 355): «Eucharistia, patrum sanctorum testimonium, Incarnationis continuatio quædam et amplificatio censenda est. Siquidem per ipsam incarnati Verbi substantia cum singulis hominibus copulatur».

Sí; «Mi Padre os da el verdadero pan del Cielo». La Eucaristía es un don de Dios Padre. La vida que nos viene por medio de la Eucaristía es la vida que tiene como fuente y principio el Padre, *fons totius Trinitatis*; una vida que se derrama sobre el mundo a través de Cristo Jesús. En el rito de la presentación de las ofrendas, dirigiéndose a Dios Padre, dice el celebrante: «Bendito seas Señor, Dios del Universo por este pan (...) que recibimos de tu generosidad...». Quizá no nos demos cuenta hasta qué punto es cierta esta expresión. Es cierto referido al pan que presentamos y es más cierto, todavía, respecto al Pan que recibimos, es decir, la Eucaristía. La Eucaristía, pues, viene de Dios Padre.

Pero, la Eucaristía conduce, también, al Padre. En cuanto Sacramento, la Eucaristía, ciertamente, se confecciona y se recibe. Pero no sólo es eso; no es una «cosa» puramente estática. Encierra, sin duda, su propio dinamismo. *La Eucaristía nace de un acontecimiento*. ¿Cuál? La Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo: su Misterio Pascual. Jesús que muere y en su Muerte se ofrece absolutamente al Padre en oblación perfecta, dándose a todos los hombres. «Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación y hostia de suave olor ante Dios», dice San Pablo⁸. Definición insuperable de la Eucaristía.

Meditemos en esto: En ese gesto de total entrega de Sí, converge y se concentra la obediencia perfecta de Cristo, telón de fondo de nuestra Redención. Aquél «sí» libre que Dios Padre andaba buscando desde los días de la Creación, sin obtenerlo ni de Adán ni de sus descendientes, lo obtiene de Jesús, nuevo Adán. La voluntad de Dios encuentra pleno cumplimiento en la libertad humana del Señor. Como una gota de rocío que, apenas formada sobre una flor, refleja todo el inmenso azul del cielo, así la libertad de Jesús abraza todo el querer de Dios Padre⁹. Se da una sintonía perfecta que abre un canal entre el Cielo y la tierra, abriendo de nuevo el diálogo entre Dios y el hombre.

De este modo se realiza la plena complacencia de Dios Padre: «Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida»¹⁰. Interrumpida a los pocos días de la creación, esa complacencia nace de nuevo sobre la tierra. La complacencia del Padre vagaba, por así decir, sin saber dónde posarse, como la paloma, salida del arca de Noé, porque la tierra estaba sumergida bajo las aguas de la rebelión contra Dios (las aguas de Meribá). Ahora tiene donde posarse: sobre Jesús. Y, de hecho, así sucede cuando Jesús sale de las aguas del río Jordán. Se posa la paloma y, con ella, el Espíritu Santo, que es la complacencia del Padre. *La complacencia*

8. Eph 5, 2.

9. R. CANTALAMESSA, *La parola e la vita*, Roma, 1996, p. 259.

10. Io 10, 17.

del Padre tiene un nombre propio: es el Espíritu Santo. «Tú eres el Hijo mío, el Amado, en ti me he complacido»¹¹.

Esta complacencia es de tal envergadura que el Padre no consigue mantenerla oculta y estalla; explota con toda su fuerza en la Resurrección. Dios Padre resucita a su Hijo. La Resurrección es justamente eso: El potentísimo «Amén» pronunciado por el Padre sobre el Sacrificio de su Hijo. El «Amén» que exalta. El Hijo obedece y el Padre exalta; de la Muerte a la Resurrección. Es la Pascua, el tránsito del Señor. Este es el acontecimiento del que nace la Eucaristía. El Misterio Pascual.

Este mismo acontecimiento, que es único, se actualiza en la celebración eucarística. El verbo «actualizar» es muy expresivo: con este término se declara la fuerza que posee el Sacramento de hacer presente —hoy y aquí— el Misterio Pascual. «Re-presentar» la oblación del Hijo y la complacencia del Padre. *El acontecimiento salvador, por la fuerza del memorial, se hace contemporáneo nuestro y nos hace a nosotros contemporáneos suyos.* Sí, «¡nosotros estábamos allí!», decían los hebreos, recordando el Éxodo en su cena ritual de la pascua. También nosotros, los cristianos, estábamos allí, bajo la Cruz. El salto de dos mil años se ha anulado. Hoy se alza desde la tierra la gran obediencia de Jesús y hoy descende del Cielo la gran complacencia del Padre. En la Eucaristía se nos da la posibilidad de penetrar en ese horno ardiente de aquella obediencia y aquella complacencia. Entrar para salir, no indemnes, sino contagiados, porque cuando se celebra la Eucaristía con amor, ella misma quema, consume, asimila a Cristo.

No hay otro camino: nadie va al Padre sino por medio de Jesús, es decir, por medio de la Eucaristía. La Eucaristía es la fisura en la roca. La Trinidad es, para nosotros, una roca impenetrable, nos resulta inaccesible. Pero se ha abierto una brecha, una puerta y, a través de ese acceso, nos hemos introducido en Dios: es la Eucaristía. «Yo soy la puerta; si alguno entra a través de mí, se salvará; y entrará y saldrá y encontrará pastos»¹².

Pues bien: la comunión eucarística —aquí llegamos al punto central— es comunión con el Padre. Así lo explica nuestro obispo de Poitiers¹³:

«Cristo está en el Padre por su naturaleza divina; nosotros, por el contrario, estamos en Él por su nacimiento corporal. Él, a su vez, está en nosotros por el misterio del Sacramento (...).

Permaneciendo nosotros en Él, Él permanece en el Padre y, permaneciendo en el Padre, permanece en nosotros; y, así, tenemos acceso a la

11. Mc 1, 11.

12. Io 10, 9.

13. SAN HILARIO, 8, 13-16 (PL 10, 246-249).

unidad con el Padre, ya que estando Él en el Padre por generación natural, también nosotros estamos en Él de un modo connatural, por su presencia permanente y connatural en nosotros».

San Hilario (†367) sitúa, al comienzo, el argumento dogmático: en la Eucaristía recibimos la naturaleza divina del Verbo encarnado. «Él —dice San Hilario— está en nosotros por el misterio del Sacramento». Pero esta naturaleza es única e indivisa con el Padre; el Hijo la ha recibido del Padre en su generación eterna. A través del Verbo encarnado, por tanto, nosotros alcanzamos al Padre. «Así, —dice— tenemos acceso a la unidad con el Padre». La Humanidad Santísima, que Cristo tiene en común con nosotros, nos permite entrar en contacto con la Divinidad que Él tiene en común con el Padre.

Volvamos al icono de Rublev. En la Eucaristía estamos con Jesús, el Cordero pascual, es decir, estamos en el centro de la mesa, dentro de la copa. Y sobre ella se concentra la mirada dulcísima y la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

EL VINO DEL ESPÍRITU SANTO

«Mi Padre os da el verdadero pan del Cielo». Así, con estas palabras salidas de labios del Señor, inicié el apartado anterior, y si hasta aquí la consideración del pan nos llevó al Padre, ahora será el vino el que nos conduzca al Espíritu Santo.

Inmediatamente después del suceso de Pentecostés, los judíos juzgaron a los Apóstoles como borrachos de mosto. «Tenía razón en que estaban ebrios —escribe sutilmente San Cirilo de Jerusalén¹⁴— pero no de mosto, sino de aquel vino nuevo, predicho por Jesús». San Cirilo alude a un vino nuevo, aquel preciso vino que —según Jesús— exige ser guardado en odres nuevos. Pero, ¿de qué vino se trata?

En el desierto los hebreos «bebieron de la roca espiritual que los seguía —dice San Pablo—, y la roca era Cristo»¹⁵. Es decir, los hebreos bebieron en figura, no en realidad. Hoy, en la Eucaristía, aquello que no pasaba de imagen y figura adquiere un valor de realidad y nosotros podemos beber realmente «la bebida espiritual» que brota del costado abierto de Cristo en la Cruz: esa bebida espiritual, aquel vino del que hablaba Jesús es el Espíritu Santo.

Ojalá nos familiaricemos con ello cada día más: *el Espíritu Santo brota del costado abierto del Señor en la Cruz*; o, en palabras del Beato

14. SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catechesis mistagogica*, 17, 19.

15. 1 Cor 12, 13.

Josemaría Escrivá, *el Espíritu Santo es fruto de la Cruz*¹⁶. El Cuarto Evangelio expresa esta certeza pascual de la Iglesia naciente, dándole una representación casi plástica: Jesús en la Cruz «expiró»¹⁷ y eso, en el lenguaje de Juan, tiene dos significados: uno natural: «emitió su último suspiro, murió», y otro místico: «emitió el Espíritu». Para el Evangelista Juan, el último suspiro de Jesús fue el primer suspiro de la Iglesia; la Iglesia, convocación de hombres y mujeres del Espíritu Santo y simbolizada por los Sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía —el Agua y la Sangre— nace de la muerte de Cristo. Agua y Sangre, acabo de decir; en todos los códices del Cuarto Evangelio consta Agua y Sangre; nunca Sangre y Agua. La Sangre de la Pasión y el Agua del Espíritu Santo. «Por la Sangre de Cristo —añade San Hipólito— tenemos el agua del Espíritu»¹⁸. El Espíritu Santo, fruto de la Cruz.

Pero, porque se trata de una pieza clave en la captación cristiana de la Pasión y de todo el Misterio pascual, querría abundar en esa íntima relación entre el vino y Espíritu Santo, dibujar sus perfiles con nitidez desde la Biblia y traducirlos para el lector con el frescor de los Padres. No obstante, por motivos redaccionales, me limitaré a ofrecer un testimonio escueto del evangelista San Juan y, después, cuatro lugares de la Tradición. Aún con todo, ¿quién podrá explorar o verter en palabras humanas el misterio inefable y sutil de la relación entre el Espíritu Santo y la Eucaristía?

1. En el Evangelio, Jesús mismo invita a penetrar en la dimensión pneumatológica del Sacramento cuando dice que, en la Eucaristía, «el Espíritu es el que da vida...»¹⁹. Densas palabras que, merecerían una ulterior y sosegada meditación.

2. Me detendré más pormenorizadamente en la Tradición porque los testimonios son a cuál más luminoso. Voy a presentar el pensamiento de San Ambrosio († 397), de San Juan Crisóstomo († 407) y, por último, añadiré un consideración en torno a un himno atribuido a Esteban Langton, arzobispo de Cantorbery († 1228).

2.1. En el clima cristiano del Milán del siglo IV, durante aquellas espléndidas conversaciones de San Ambrosio con los neófitos recién salidos de su ablución bautismal, que conforman su «Tratado sobre los Misterios», el obispo les explicaba con toda sencillez: «*Cada vez que bebes, recibes la remisión de los pecados y te embriagas del Espíritu Santo*». Él es la bebida espiritual.

16. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 96.

17. Io 19, 30.

18. SAN HIPÓLITO, *De refutatione omnium haeresum*, 7, 13 (PG 16, 3451).

19. Io 6, 63.

2.2. Un poema, inserto en la actual Liturgia de las Horas y atribuido con toda seguridad a la pluma también de San Ambrosio —el padre de la himnodia latina—, constituye un fruto de la meditación bíblica sobre nuestro tema²⁰. No me resisto a incluir aquí su composición, cuando, en la sexta estrofa de su célebre himno *Splendor paternæ gloria*, redactó:

*Christusque nobis sit cibus,
potusque noster sit fides:
leti bibamus sobriam
ebrietatem Spiritus.*

Sea Cristo nuestro Alimento,
sea nuestra bebida la fe;
libemos con gozo
la sobria efusión del Espíritu.

La doctrina emerge de un corazón ardiente:

* «Sea Cristo nuestro Alimento»; la Eucaristía es el banquete donde se toma como alimento a Cristo. Nueve siglos más tarde escribió Santo Tomás de Aquino (†1274): *O sacrum convivium in quo Christus sumitur...* «Oh sagrado Banquete en el que se toma a Cristo...»²¹.

* «Sea nuestra bebida la fe». Esta expresión en San Ambrosio no me resulta extraña. Bien lo sabían los cristianos de Milán. San Ambrosio era un apasionado de la fe. San Ambrosio nunca se acostumbró a la fe.

* «Libemos con gozo la sobria efusión del Espíritu». Esta expresión es fruto de una relectura poética de la Carta a los Efesios: «Y no os embriaguéis con vino...; llenaos, por el contrario, del Espíritu...»²². A los primeros cristianos no les asusta emplear el término «embriaguez». No lo hacen, ciertamente, en aquel sentido vulgar con el que los judíos acusaron a los Apóstoles el día de Pentecostés de estar cargados de mosto, sino en sentido místico, el que ha brillado en la vida de todos los Santos. Es la embriaguez que anima al heroísmo, que nos hace gozar en el sacrificio, que espolea a empresas impensables para la mera visión humana. ¿Qué sería de la santidad que bulle en la vida exuberante de la Iglesia sin esta embriaguez de fe y de amor que alegra y enciende? El adjetivo *sobriam* no atenúa este sentido; más bien nos habla de equilibrio, de orden, de armonía; contribuye a resaltar la embriaguez como lo que es: don divino presente siempre en la vida de las Santas y Santos de Dios²³.

20. *Liturgia Horarum*, In Feria II.^a Hebd. I et III Temporis «per annum», hymnus pro Laudibus matutinis. (Cfr. F.M. AROCENA, *Ecclesia laus. Los himnos latinos del Tiempo «per annum»*, EUNSA, Pamplona, 1997, p. 34 ss).

21. SANTO TOMÁS DE AQUINO, recogido en *Liturgia Horarum*, Ant. ad Magn. II Vesp. in Sollemnitate Corporis Christi.

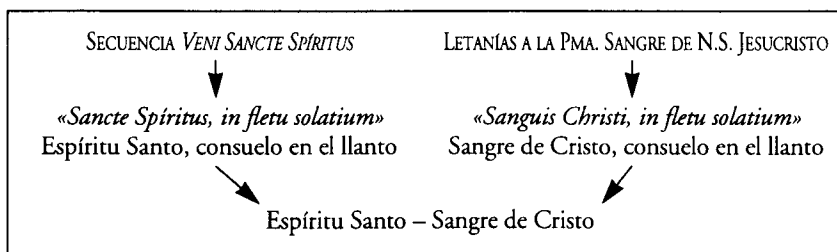
22. Eph 5, 18: *Et nolite inebriari vino (...) sed implemini Spiritu Sancto*.

23. JUAN PABLO II, Carta Ap. *Operosam diem* (1.XII.1996), 28: «Concretamente, en la expresión *sobriam ebrietatem Spiritus*, San Ambrosio sintetiza su concepción de la vida espiri-

2.3. Otro Padre de la Iglesia, el Crisóstomo, nos ha legado este compendio emblemático que no necesita glosa ni explicación:

«Mediante la Sangre de Cristo, vertida por nosotros, recibimos en la Eucaristía el Espíritu Santo, porque Sangre y Espíritu forman una misma cosa»²⁴.

2.4. Por último, es probable que el arzobispo de Cantorbery, Esteban Langton (†1228) redactara el himno *Veni Sancte Spiritus* que la liturgia canta en la Secuencia de la Misa de Pentecostés. El último verso de la cuarta estrofa se llama al Espíritu Santo *in fletu solatium* (El Espíritu Santo es consuelo en el llanto). De otra parte, en la letanía a la Preciosísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo se dice lo mismo: *Sanguis Christi, in fletu solatium*²⁵. ¿Es casualidad? Entiendo que no. Hay una relación entre la Sangre de Cristo y el Espíritu Santo. ¿Cuál? Precisamente ésta, de la que venimos tratando: que el Espíritu Santo es fruto de la Cruz.



Ahora, una vez alumbrado este designio de Dios en relación con el Espíritu Santo y la Cruz, pasemos a estudiar la actuación del Espíritu en la celebración de la Eucaristía. En ninguna otra parte de la liturgia la acción del Espíritu Santo es tan evidente como en la Santa Misa. En su celebración existen tres momentos durante los cuales es posible captar esta delicada presencia del Paráclito: la invocación al Espíritu Santo que precede a la Consagración, la invocación al Espíritu Santo que sigue a la Consagración y la comunión. El primero nos ayuda a entender el nexo entre el Espíritu Santo y el Cuerpo eucarístico de Je-

tual. Quiere hacernos comprender que la vida interior es *ebrietas*, es decir, no exaltación entusiasta y desmedida, sino comunión plena y gozosa con Cristo; comunión que exige una activa y diligente sobriedad. Nos recuerda, sobre todo, que la vida espiritual es don del Espíritu de Dios (...). Esta vida espiritual que el Pastor de Milán enseña a sus fieles es exigente y, a la vez, atractiva, concreta e inmersa en el misterio. Es mi deseo que esta invitación suya, tan implicante y enérgica, resuene también para la Iglesia de hoy».

24. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilia paschalis*, 3, 7.

25. *Enchiridion Indulgentiarum*, 29.

sús; el segundo, el vínculo entre el Espíritu Santo y el Cuerpo místico de Jesús, que es la Iglesia; y el tercero, la intimidad que se establece entre nosotros y el Espíritu Santo en el momento de la comunión. La celebración del sagrado Banquete es, indudablemente, un «tiempo fuerte» en la jornada del cristiano y lugar privilegiado para penetrar en la hondura pneumatológica de este Sacramento. El tema que nos ocupa podemos conceptualizarlo del siguiente modo:

- | | | |
|--|---|--------------------------------|
| 1. La invocación al Espíritu Santo que precede a la Consagración | → | el Espíritu Santo y Jesús |
| 2. La invocación al Espíritu Santo que sigue a la Consagración | → | el Espíritu Santo y la Iglesia |
| 3. La Comunión | → | el Espíritu Santo y nosotros. |

1. En la plegaria eucarística III, inmediatamente antes de la consagración, se dirige a Dios Padre esta invocación: «Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro». Esta epiclesis no falta en ninguna plegaria eucarística y todas ellas presentan expresiones muy semejantes. La Iglesia cree siempre necesario invocar la potencia del Espíritu Santo para que, junto con la palabras de la consagración pronunciadas por el celebrante *in persona Christi*, el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

En ese momento, debería de haber un gran recogimiento en la asamblea, un silencio perfecto, porque, cuando el sacerdote extiende las manos e invoca al Padre para que envíe al Espíritu sobre las ofrendas dispuestas sobre el altar, entonces el Amor del Padre y del Hijo descende y santifica esos dones. Es interesante advertir que, poco después de realizar ese expresivo gesto, el celebrante principal pasa a trazar una cruz sobre los dones. En este sentido, el pan y el vino quedan signados por la «cruz pascual». Cruz pascual quiere decir que *per passionem eius et Crucem ad Resurrectionem gloriam perducamur*, que por medio de la Pasión y de la Cruz, que en la Misa se actualizan, esos elementos de la Creación se transfiguran por la gloria de la Resurrección. Sólo que, en este caso, no sólo transfigurados sino mucho más, son «eucaristizados», es decir, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo Jesús.

2. Así pues, el Espíritu Santo realiza sobre el altar el Cuerpo eucarístico de Cristo. Pero también su Cuerpo místico, que es la Iglesia. Después de la consagración, la liturgia vuelve a invocar el Espíritu

Santo para que «congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo»²⁶ de manera que «formemos en Cristo un solo Cuerpo y un solo espíritu»²⁷.

San Ireneo († c. 202) desarrolla esta idea por medio de una imagen muy sugerente: «Pues del mismo modo que el trigo seco no puede convertirse en una masa compacta y en un solo pan, si antes no es humedecido, así también nosotros, que somos muchos, no podíamos convertirnos en una sola cosa en Cristo Jesús —;no podríamos ser la Iglesia!—, sin esta agua que baja del cielo»²⁸ y que es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es como la sangre que corre por las venas de la Iglesia y lleva a todo el cuerpo el alimento que viene de la Muerte redentora de Cristo e, inmediatamente, de la Eucaristía²⁹.

En la epiclesis primera el Espíritu nos da a Cristo y en la epiclesis segunda Cristo nos da el Espíritu. Cristo actúa con el poder del Espíritu y el Espíritu nos reconduce incesantemente a Cristo. Lo expreso de un modo gráfico en el siguiente cuadro:

EVANGELIO	(I) <i>Cristo «viene» por el Espíritu Santo</i>	(II) <i>Cristo «trae» el Espíritu Santo</i>
	↓ EPICLESIS EUCHARÍSTICAS	<div style="border: 1px solid black; padding: 5px; text-align: center;"> Verbo / ESPÍRITU SANTO ENCARNACIÓN ↓ Humanidad </div> <div style="text-align: center;">↓</div> <div style="border: 1px solid black; padding: 5px; text-align: center;"> pan-vino / ESPÍRITU SANTO EPICLESIS 1 ↓ Cristo </div>

26. *Misal romano*, Plegaria eucarística II.

27. *Misal romano*, Plegaria eucarística III.

28. SAN IRENEO, *Adversus haereses*, 3, 17, 2.

29. R. CANTALAMESSA, *La parola e la vita*, Roma, 1996, p. 266.

Columna (I): Al igual que en el Misterio de la Encarnación, la primera epiclesis (epiclesis de consagración) pone en marcha un movimiento descendente. Pone de relieve que la Eucaristía es un don de Dios, que se nos ofrece por medio del Espíritu Santo, como la Encarnación es un don de Dios que se nos ofrece por Espíritu Santo. *Es el Espíritu el que lleva Cristo a los hombres.*

Columna (II): Al igual que en el Misterio de la Pentecostés, la segunda epiclesis (epiclesis de consagración) pone en marcha un movimiento ascendente. Pone de relieve la invocación de Cristo al Padre para que la acción santificadora del Espíritu Santo descienda sobre la asamblea de manera que haga a los comulgantes cristiformes: «...seamos, en Cristo, un solo cuerpo y un solo Espíritu». *Es Cristo el que lleva a los hombres al Espíritu.*

Todo esto no es una realidad abstracta y teórica; por el contrario, nos afecta bien de cerca ya que nosotros, reunidos en torno al altar, constituimos ese Cuerpo de Cristo, tan ingente como misterioso, que el Espíritu va tejiendo poco a poco en torno a Jesús por medio de la Eucaristía. En consecuencia, aunque los fieles que participamos en la celebración de la Santa Misa somos, con frecuencia, débiles y pecadores, nuestra plegaria continúa siendo la oración de una comunidad radicalmente santa, cuya voz el Padre escucha siempre complacido porque en ella Dios contempla al Cristo total, Cabeza y miembros. Nosotros somos ese pan grande, del que hablaba San Ireneo, que ha sido amasado con el agua del Bautismo y el fuego del Espíritu Santo.

Gracias al Espíritu Santo toda celebración litúrgica es nueva, única y fructuosa: nueva porque Él hace actualmente presente —*hodie*— y eficaz el Misterio de salvación realizado de una vez para siempre. Única porque toda Misa es un momento singular de gracia ofrecido en un determinado tiempo y espacio a una asamblea determinada. Fructuosa porque cada Eucaristía es un don concedido por la plenitud del Espíritu de Dios.

3. Pero la acción del Espíritu Santo no se limita a este plano —diría— social, comunitario. Él nos alcanza de un modo personalísimo en el momento de la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Como en la Trinidad, así también en el Misterio eucarístico el Espíritu Santo es el vínculo entre el Padre y el Hijo; sólo que, en la Eucaristía, el Hijo no está solo. En la Eucaristía, con Él estamos nosotros y también sobre nosotros, por tanto, se derrama la complacencia del Padre, que es el Espíritu Santo. La comunión es el momento por antonomasia cuando Dios envía a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que nos hace gritar: *Abba, Pater!*³⁰.

30. Gal 4, 6.

*La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es, pues, una comunión con el Espíritu de Cristo, es decir, con el Espíritu Santo. Única es la realidad y la naturaleza divina, común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y en la comunión eucarística recibimos sacramentalmente esta única naturaleza, haciéndonos partícipes de ella*³¹.

Durante los momentos que siguen a la comunión, durante la acción de gracias, conviene estar atentos a evitar todo aquello que nos aleje de lo importante: que el Espíritu Santo quiere obrar, en ese momento, la intimidad con Dios en nuestra alma. Y esto requiere —parece importante subrayarlo— silencio y recogimiento.

Este es el ápice de la acción del Espíritu Santo: crear la intimidad con Dios. La intimidad con Dios no es un sentimiento devoto o un no sé qué reservado a los Santos. Es un fruto objetivo de la Eucaristía. La intimidad divina consiste en asemejarnos al Hombre-Dios, Cristo Jesús; consiste en transformarnos en Él y esto es imposible sin que el Señor nos comunique su Espíritu.

Estas pocas líneas querría que fueran útiles para columbrar, al menos, cómo la presencia del Espíritu Santo en la Eucaristía no es algo secundario o accidental. Él es el Artífice del milagro eucarístico. Comencé esta sección recordando las palabras de Jesús: «Nadie pone vino nuevo en odres viejos»³². Es cierto; y nosotros somos odres viejos. Pero éste es un vino capaz de rejuvenecer a los odres que lo acogen. Acerca de todo esto ya hemos tenido ocasión de reflexionar pormenorizadamente más arriba. Baste añadir que, como en el icono de Rublev, el Espíritu Santo está ciertamente aquí, en torno al altar, junto con el Padre y el Hijo, y nos dice: «Sed uno, como nosotros somos uno»³³.

31. 2 Pt 1, 4: *divinae consortes natura*.

32. Mt 9, 17.

33. Io 17, 20.